



Carla Rubiera Cancelas, Agnès Garcia-Ventura y Borja Méndez Santiago (eds) (2023) *Cuerpos que envejecen. Vulnerabilidad, familias, dependencia y cuidados en la antigüedad*. Madrid: Dykinson, 314p. ISBN: 9788411229333

Claudia Adriana Ramos Aguilar (Asociación Mexicana de Estudios Clásicos)

ultimopiso@yahoo.com.mx

Después de la lectura de este magnífico volumen sobre la manera de envejecer en la antigüedad, me gustaría compartirti la pregunta que fue naciendo mientras avanzaba en el descubrimiento de las voces y las historias rescatadas de entre los vestigios y las interpretaciones que los estudiosos han hallado y generosamente nos comparten de aquellos lejanísimos tiempos: ¿Cómo te ves, querido lector, experimentando tu vejez?

Seguramente que dependiendo de tu edad en la coordenada histórica donde esta curiosidad te asalte será tu respuesta, y te verás de maneras muy distintas atendiendo ese umbral. Sin embargo, antes de que una respuesta definitiva incline la balanza de tus meditaciones, te invito a revisitar este mundo antiguo donde nuestros lejanos antepasados ya se han dado algunas respuestas que bien podrían enriquecer la bonanza de los trazos de tu porvenir.

Nos da la bienvenida a esta singular aventura, al subterráneo invisible de la vulnerabilidad en el mundo antiguo, Christian Laes con su capítulo “Revisitando la(s) vejez(ces) en el mundo antiguo (2003-2023). ¿Categoría, característica o discapacidad?” (p. 13-38) que a modo de epígrafe nos provee de la cautela necesaria para visitar el subterráneo invisible como si se tratara de un país extranjero, un insospechado más allá, donde no hay conceptos a los que podamos asirnos. Entonces, querido lector, abandona tu idea de la vejez para mejor navegar por este insospechado mar de memorias ancestrales.

De acuerdo con María Secada Fonseca en “La vejez: Un concepto útil para el análisis histórico” (p. 39-53), la vejez, como la adolescencia y la infancia, se construye a partir de creencias culturales y contextuales; no es un proceso natural del individuo, porque las ideas sobre estas etapas de la vida varían a lo largo de la historia; su definición es social y depende de un consenso más que de la experiencia individual.

Por ejemplo, en algunas antigüedades la edad cronológica no es tan importante como la percepción social del individuo. ¿A quién se le considera viejo en el antiguo Egipto? Núria Castellano Solé en su capítulo titulado “Envejecer en Egipto: ¿Quién necesita bastón para la vejez” (p. 55-72) y María de Jesús Albarrán Martínez, en “Aspectos esenciales de la vejez en el Egipto tardo antiguo: Consideración social responsabilidad familiar” (p. 285-304), hacen hincapié en que la vejez biológica sucedía después de los 25 años, la esperanza de vida, según los censos de la época romana, ascendía hasta los 40 años, y se consideraba ya un anciano al individuo que rondaba los sesenta años. Ambos artículos coinciden en la percepción de que la vejez podía suceder de dos maneras distintas, una respetuosa y otra despectiva. Estar de uno u otro lado dependía del estado de salud física y mental y de la posición social y económica. Se respetaba al anciano que no padeciera deterioros destacables en su cuerpo y al que esa entereza permitiera ocuparse de sí mismo y de su manutención.

Como no había en el Egipto faraónico el registro de la edad cronológica de una persona porque el sistema de medición de tiempo en el Próximo Oriente Antiguo no lo permitía (p. 60), en el antiguo Egipto se consideraba viejo a quienes, por debilidad física o mental, no fueran ya productivos dentro de la sociedad; en el caso de la mujeres, no se hacía referencia al trabajo sino a la capacidad de engendrar: en cuanto una mujer tenía nietos o dejaba de tener hijos, se le consideraba una anciana (p. 62).

En la antigua sociedad romana, Tatjana Sandon, en su artículo “Older roman freedwomen in the light of the epigraphic evidence: an analysis of social relations” (p. 267-286), nos dice que la última etapa de la vida oscilaba entre los cuarenta y los sesenta años, en el caso de las mujeres, la vejez llegaba con la menopausia, entre los cuarenta y los cincuenta años (p. 269).

Como verás, querido lector, la edad de la última etapa de la vida, así como su experiencia, van a cambiando a lo largo del tiempo. En el sentido de vejez como antesala de la muerte, Margarita Moreno Conde en “Los múltiples rostros de la vejez en la cerámica griega. Algo más que cuerpos vulnerables” (p. 149-162) nos relata dos momentos que han permeado en el imaginario colectivo de la experiencia de envejecer en occidente a través de la recreación artística de su primera representación en los vasos de las figuras áticas *circa* siglo V a.n.e. Se trata de los mitos de Anquises y su dichosa vejez (*eudaimonía*) en contraposición al padecimiento que el rey Pelias vive en la suya.

El viejo Anquises, escapando de la muerte temprana en el incendio que terminó con la grandeza de Troya, gracias a la fuerza y la generosa juventud de su hijo Eneas que lo llevó en hombros hasta la fundación de un nuevo imperio, triunfó sobre su vulnerabilidad gracias a que su estirpe era guiada por la diosa Afrodita, una de las pocas divinidades asociadas a este momento del ciclo vital en su evocación de *Afrodita Ambologêras* (“la que aleja la vejez”) (p. 152). El rey Pelias, en cambio, murió destazado por sus propias hijas, quienes, cayeron en las engañosas trampas de la vengativa Medea y lo pusieron a hervir en una marmita mientras esperaban verlo emerger igual al cordero que renació de los trozos del carnero viejo, obra negra de su vida añeja. Con esto las hijas de Pelias darían a su padre el don de la inmortalidad de manos de la hechicera, sucumbiendo al engaño (*apaté*) (p. 162).

En el imaginario colectivo que ha permeado de estos mitos, la experiencia de la vejez es equivalente a una antesala de la muerte donde la vulnerabilidad genera dependencias y requiere cuidados. Lo que hace diferente a estas experiencias depende de quien se encargue de los cuidados en ese trance de la vida. Si la atención la recibe de un hijo como Eneas, es decir, de un héroe solar, épico, que participa de la *aristeia*, la experiencia de la vejez será dichosa (*eudaimonía*); si, en cambio, quien atiende al anciano es una heroína lunar, ingenua, irracional, el bienestar del venerable puede terminar en una marmita de agua bullente que desee brindarle la inmortalidad en un nuevo renacer (*apaté*).

Más que antesala de la muerte, desde la antigüedad romana, la vulnerabilidad de la última etapa de la vida se experimentó como una segunda infancia. De acuerdo con Carla Rubiera Cancelas en “Vejez y esclavitud. Trabajo,

salud, placer y muerte en la literatura romana” (p. 245- 266), los ancianos se transformaban en individuos intermedios entre el varón y la mujer, en tanto que dependientes y pasivos, además de propensos a perder el control, como los niños (p. 250). Hace hincapié, además, en los factores externos que identifican la vejez con la infancia: la falta de dientes y la nariz humedecida.

Esto ha de situar tu mirada, querido lector, en con quién decides compartir la experiencia de bien vivir. En todas las culturas, antiguas y modernas, el cuidado que una persona se procura para un bien vivir y mejor experimentar la vejez depende, en muchos sentidos, de su posición social y económica.

Luciana Urbano, en “Género, jerarquías y edad. Fuentes paleobabilónicas de Mari (s. XVIII a.n.e. Tell Hariri, Siria)”, nos presenta el empoderamiento social al que las mujeres de la clase alta tenían acceso, una vez perdida su capacidad reproductiva, en la ciudad-estado de Mari (p. 73-86) (s. XVIII a.C., Tell Hariri, Siria). Se trata de las reinas madres, cuya valoración dentro del reino residía, más que en su belleza o en su juventud, en mantenerse saludables para dar herederos reales que mantuvieran activas las alianzas dinásticas. Una vez llegadas a la edad infértil, estas mujeres tuvieron una injerencia más que considerable en los asuntos políticos, militares, sociales y económicos del reino. En el caso de las reinas madre, el imaginario se trastoca; no sólo se experimenta la vejez desde un empoderamiento, sino que una mujer confiable es la que procura el bienestar al reino.

La *aristeia* ya no le pertenece sólo a Eneas, el héroe solar, ahora comparte con las hijas del rey Pelias, heroínas lunares, la posibilidad de brindarle a su padre un buen vivir así como el bien morir de su propia muerte y no con la soberbia o *hybris* de la inmortalidad.

En la antigüedad romana, este imaginario se inclina hacia la mujer como cuidadora. En su artículo “Vejez y esclavitud. Trabajo, salud, placer y muerte en la literatura romana”, Carla Rubiera Cancelas nos habla de los empeños que realizaban los esclavos ancianos, doblemente adjudicados a una eterna infancia, y se prefería a la esclava anciana como cuidadora o niñera, que al esclavo anciano, a quien se le otorgaba como último oficio el de la portería de la casa. Tampoco es cosa menor en el sentido de anciano-cuidador, sin embargo, los jóvenes mal veían ese oficio. (p. 256).

Hubo casos ejemplares donde la vejez aunada a una discapacidad salvó la supremacía del imperio por la persuasión de sus sabios consejos. Borja Méndez Santiago en “Vejez y discapacidad en *Vidas paralelas*. Un primer acercamiento” (p. 209-225) alumbra la experiencia de la última etapa de la vida como habilidad política y supremacía rectora. Pondremos por casos dos imperios que respetaron el poder en manos de un viejo y discapacitado: el de Agesilao, rey espartano del que se afirmaba que tenía una discapacidad de nacimiento en uno de sus tobillos (p. 214) y el de Apio Claudio el Ciego, un importante político y general romano que, abandonando su retiro al parecer autoimpuesto debido a su avanzada edad y a la pérdida de su visión, dirigió una arenga al Senado recordándoles el valor de la tradición para dar respuesta a la invasión del rey Pirro a la península itálica: “Antes, romanos, soportaba con enojo la desgracia de mi ceguera, pero ahora lamento no ser también sordo, además de ciego, para no oír los vergonzosos decretos y mociones con que echáis por tierra la gloria de Roma” (cf. p. 220).

El dolor como maestro, aunado a la experiencia de la última etapa de la vida, se desarrolla de forma particular en dos de los artículos aquí reseñados: Jurgen R. Gatt en “Growing old and becoming epileptic in on *The sacred disease*” (p. 171-189) resalta la conformación del estereotipo del hombre viejo caracterizado desde el coro trágico como una figura emocionalmente involucrada en acciones donde no puede participar, o, en el caso del anciano representado en la comedia antigua, es motivo de burlas debido a su debilidad física (p. 172). Tal caracterización se acusa como síntoma de la vejez para llegar hasta el artículo de Sara Casamayor Mancisidor, “Envejecer con dolor crónico en la Roma antigua: El caso de la gota” (p. 227-243); para atender a la vejez —que, representada en la gota en la obra de Luciano *Podagra* (s. II n.e.) y hablando de sí misma en primera persona, ya no parte del coro sino del protagonista— analiza distintas narrativas que muestran la importancia de socializar para aliviar el dolor, así como la de abrazarse a la religiosidad y aprender a experimentar el sufrimiento con humor.

Una forma opuesta a la vulnerabilidad que se dio en la experiencia de la última etapa del ciclo vital la brinda Nadine Bernard en su artículo “¿Envejecer en familia? En busca de los abuelos en el mundo antiguo” (p. 131-148). En este sesgo, la vejez se aleja de la vulnerabilidad para convertirse en protección, ayuda y cuidado. La voz de Anfárate vio la luz gracias a una estela funeraria ática de

finales del siglo V a.n.e. en la que una joven mujer sentada sostiene en su regazo a un bebé junto una inscripción que la honra como abuela fallecida.

La preocupación generalizada por el bien envejecer, de maneras amables con reciprocidad social, la ilustra la sociedad siro-mesopotámica del segundo milenio a.n.e. Daniel Justel Vicente en “‘Os devolveré en la vejez lo que habeis hecho por mí’. El cuidado de los padres adoptivos a partir de los contratos de adopción siro-mesopotámicos” (p. 87-101) nos cuenta que se firmaban contratos de adopción de hijos, adultos o niños, que se encargarían de la manutención, cuidados y ritos funerarios de sus padres adoptivos a cambio de los bienes de estos; con ello se aseguraban los deberes filiales, aun cuando los hijos propios se alejaran de sus padres o no quisieran atenderlos.

Otro ejemplo de la búsqueda del bienestar de los viejos en la Grecia antigua lo da Aída Fernández Prieto en su artículo “El ciudadano frente a la vejez: Vulnerabilidad y formas de ‘asistencia pública’ en la Atenas democrática” (p. 191-208), cuando la condición de vejez se experimenta en el aislamiento de la familia y en una condición económica desfavorable. A pesar de la *gerotrophia*, la ley que obligaba a los hijos a ocuparse de los padres, el estado democrático proveía a los ciudadanos los cuidados necesarios para brindarles ese último bienestar.

En el prólogo de este volumen (p. 11-12), querido lector, los editores, Carla Rubiera Cancelas, Agnès Garcia-Ventura y Borja Méndez Santiago, nos anuncian que las inquietudes de nuestro tiempo pueden encontrar alivio si escudriñamos el pasado y buscamos en él las respuestas. Nos cuentan también que su aventura hacia este umbral del futuro, el libro donde ahora coincidimos, comenzó en la coordenada histórica de la *pandemia*, cuando los síntomas del enigmático virus, esfinge tebana, asolaron las plazas públicas de todo el territorio conocido, desposeyendo a las sociedades no de la fuerza vital de jóvenes tebanos, sino de la experiencia y sabiduría de los más avanzados en edad, uno de los grupos más desprotegidos de aquel pandémico 2020, cuando el mundo se detuvo evidenciando la vulnerabilidad humana.

En sus acuciosas investigaciones, estos zahoríes del mundo antiguo trajeron de vuelta las antiguas voces soterradas por el paso de los siglos para darle a la memoria individual y colectiva nuevas experiencias, enriqueciendo este umbral del futuro que se abre a cuatro años, apenas, de la tremenda *pandemia*.

A lo largo de los quince capítulos que se agrupan en el volumen que aquí reseñamos, descubrirás, querido lector, las distintas formas de atender a la pregunta sobre la experiencia de la vejez que tuvieron nuestros lejanos antepasados: las vulnerabilidades, las familias, las dependencias y los cuidados en la antigüedad coinciden, en la mayoría de los casos, con la búsqueda de una reciprocidad individual y social, así como con la procura del bienestar a los cuerpos que el paso del tiempo inexorablemente transforma.

En la novela de Álvaro Cunqueiro *Un hombre que se parecía a Orestes* (1969),¹ un marinero apoyado en el remo miraba a los ojos al héroe mientras se enteraba de su edad: “¡Cuarenta y dos años! ¿Un hombre viejo? Mientras viajes, le dijo el marinero a Orestes, no serás un hombre viejo. Pero el día que decidas descansar, aunque sea mañana, lo serás”.

Sirva, pues, la lectura de este acucioso y cuidado trabajo para seguir viajando por las eras y encontrar una luz nueva a las posibilidades del umbral donde te miras, querido lector, viviendo la experiencia de tu última etapa por la vida. Porque no será lo mismo revisitar la(s) vejez(ces) en Egipto que Grecia; o la antigua Roma, más familiar por la cercanía de las lenguas romances y la persistencia del derecho, pero igualmente habitada por un imaginario colectivo invisible y subterráneo. Cada uno de los autores nos provee de un valiosísimo mapa biblio-historiográfico del territorio que alumbran, y nos llevan, como Virgilio a Dante, por ese más allá apenas descubierto.

De regreso a las valoraciones contemporáneas sobre las transformaciones del cuerpo, que tan bien se integran en este viaje de ida y vuelta al persistente más allá, los distintos modelos culturales se agrupan y van reflejando, desde esta perspectiva, aquel mundo invisible aquella invisible antigüedad. Tal como sucede en nuestro mundo, no es posible dar una definición social de vejez porque tampoco se da una vivencia generalizada y homogénea; su concepción dependerá, entonces, de la construcción cultural y conceptual de su tiempo.

Fecha de publicación: 13/10/2025

¹ Álvaro Cunqueiro (1969) *Un hombre que se parecía a Orestes*. Barcelona: Bruguera, p. 142.